

DECEPCIONES Y ESPERANZAS

El viejo sueño de la hermandad humana, en boca de tantos pensadores, no ha pasado de ser profecía incierta apenas perceptible en la bruma de la esperanza. La realidad cruel se ha encargado de entorpecer la belleza de su contenido.

El mensaje de Cristo: "Amaos los unos a los otros" y el "ya no hay judío ni griego, no hay siervo ni libre...", alentó con fuerza esa vivencia. Sin embargo, la historia ha seguido escribiéndose más con trazos de guerras que con realizaciones exitosas de paz. Pero el viejo anhelo no muere. Tras cada decepción surgen afirmaciones bellas, sinceras como un ideal, que reavivan de nuevo el hilo de la esperanza.

La eterna dicotomía del hombre entre sus ideales y su actuación práctica se vislumbra detrás de cada acontecimiento histórico. El proceso de los solemnes compromisos internacionales es una prueba de ello. Todos comienzan con un análisis del fracaso de los compromisos anteriores. Y se vuelven a pactar, prometer, proclamar derechos fundamentales por encima de razas, credos y fronteras.

Deficiencias de los organismos

La máxima organización internacional, las Naciones Unidas, representó el despertar del viejo ideal sobre las pavorosas cenizas del exterminio de Hiroshima: preservar de la guerra, fe en los derechos fundamentales del hombre, creación de condiciones para la justicia, promover el desarrollo social.

A los 27 años de la firma solemne de estos objetivos en forma de Carta Fundamental, escuchamos el juicio de Kurt Waldheim actual Secretario General de la ONU.

"Sé perfectamente que cada año se gastan 200.000 millones de dólares en armamentos, suma igual a la totalidad de las rentas nacionales de todos los países en desarrollo o a la totalidad de los gastos mundiales en educación y sanidad en todos los países, desarrollados y en desarrollo".

"Pero hay signos de esperanza".

Y a los ocho años de la primera Conferencia de la UNCTAD, el Dr. A. H. Boerma, Director General de la FAO, lanzó la pregunta clave en su discurso de la última conferencia celebrada en Santiago. Héla aquí con su respuesta:

"En forma más franca y específica, ¿han avanzado materialmente en este tiempo los intereses de los países más pobres del mundo? La respuesta a estas preguntas es un rotundo no. Y todos nos damos cuenta de ello". "Esta vez, sin embargo, las cosas deberán ser diferentes".

Estas decepciones en lo que respecta a los resultados, demuestran que las formas organizativas nacen influenciadas por las circunstancias anómalas del momento. La estructura interna, por ejemplo, de las Naciones Unidas refleja claramente el momento de vencedores y vencidos de fines de la segunda guerra mundial. A pesar del avance que supone el hecho de la firma de la Carta Fundamental no deja de ser lamentable que los cinco países vencedores se acaparen el poder de las decisiones, en su carácter de miembros permanentes del Consejo de Seguridad con derecho a veto. Esta composición hace que solamente se tomen, a nivel mundial, aquellas decisiones que entran dentro de los intereses de ellos. La Asamblea General, verdadero representante de la colectividad mundial, apenas supera el nivel de un foro internacional. Sin embargo, su existencia mantiene viva la llama de un posible futuro de igualdad en la aplicación de los derechos fundamentales.

Un organismo cuyas decisiones están basadas en los intereses de los grupos de poder, nunca puede dar frutos de justicia e igualdad. De ahí que el fruto de nuestros flamantes organismos internacionales sea la desigualdad en el desarrollo de sus miembros, la dependencia y la opresión legalizada bajo el señuelo de la paz.

Criterios superados

Cuando analizamos hoy los sistemas económicos que ha superado el mundo, aun los grandes defensores del capitalismo moderno sonríen ante la ilusoria creencia de "la mano invisible" que iba a conducir a la sociedad hacia la igualdad y la prosperidad bajo una actuación económica libre en la competencia. Los hechos demostraron que la libertad incontrolada atentó contra sí misma. La formación de los grandes Trusts, Cartels, Monopolios actuaron no sólo en contra de la libertad de competencia, sino que pusieron en grave peligro la misma funcionalidad del sistema económico. Desde esta constatación pareció normal y necesaria la intervención de un organismo supra-económico de control y planificación. Los Estados fueron dotados de estas funciones.

A pesar de ello, las relaciones económicas internacionales siguen regidas por el viejo criterio liberal de libertad de contratación individual sin un organismo que la controle. En consecuencia, existen verdaderos consorcios y acuerdos entre los países poderosos con intereses económicos comunes. Estos acuerdos entre los poderosos superan a los Trusts, Cartels y Monopolios tradicionales que hicieron tambalear el sistema económico mundial

en la década de los años veinte. No hay un organismo mundial supra-económico con funciones y derechos para intervenir en la economía. La UNCTAD no pasa de ser un organismo consejero de las naciones.

Más aún, el sistema ha producido una forma económica que escapa o trasciende la estructura política mundial. Son las compañías transnacionales, apátridas por naturaleza, que ni siquiera se sienten obligadas por el deber moral de un sano patriotismo en la presentación de su figura. Son auténticos representantes del interés personal por encima de la sociedad o de la patria. El Señor Enrique V. Iglesias, actual Secretario Ejecutivo de la CEPAL afirmaba en Santiago de Chile:

"Las empresas multinacionales o transnacionales tampoco han contribuido a corregir esta inferioridad relativa en materia de exportaciones. Salvo algunas excepciones, su presencia ha creado nuevos problemas o acentuado los ya existentes".

La historia se repite sin que aprendamos sus lecciones. De nuevo hoy están presentes signos inquietantes de una crisis mundial del sistema, no solamente con la existencia de tres cuartas partes del mundo depauperado en favor de la opulencia de una tercera parte, sino con el reciente cataclismo monetario que ha amenazado con la desintegración del sistema como tal. El mencionado Secretario de la CEPAL lo expresó en la misma conferencia:

"En ella, (UNCTAD), coinciden los últimos reflejos de un período que se extingue y los signos, todavía inciertos, de otra etapa que comienza a apuntar. El orden económico instaurado al final de la segunda guerra mundial está en crisis".

"Esos cambios indican con toda claridad que las prácticas, las instituciones y las características de las relaciones vigentes exigen una radical adaptación a las nuevas circunstancias".

A pesar de ello no se vislumbra el necesario cambio radical. Las medidas adoptadas apenas suponen pequeños correctivos impuestos por los diez grandes para solucionar fundamentalmente sus propios problemas. Los Intereses del mundo pobre siguen estando ausentes a la hora de las decisiones.

Porvenir del Tercer Mundo

Debemos partir de la base de dos tesis ya suficientemente probadas: "El poderoso nunca cede galantemente su posición de privilegio" y "la posición del mendigo que basa su superación en la limosna es lo que le mantiene permanentemente mendigo". Debemos cambiar de mentalidad. Los logros sociales que tienden hacia la igualdad nunca han partido de iniciativas de arriba-abajo, sino que han sido conquistas dolorosas de abajo-arriba. Esta ha sido la dirección de las reivindicaciones conseguidas por el proletariado dentro del sistema capitalista y sobre todo la de las más radicales que han logrado un cambio de sistema.

El proceso de las relaciones económicas internacionales demuestran que ésta es la única vía del Tercer Mundo con alguna garantía de éxito. Pero toda política realista implica una estrategia comunmente aceptada: convencimiento en la dirección, unión de esfuerzos y capacidad de sacrificios inmediatos. Es lo que más teme el poderoso y hará todo lo posible para evitar su cristalización efectiva. Generalmente convencerá a alguno de los países pobres con créditos aparentemente favorables y hasta le ayudará a conseguir una pequeña ventaja con respecto a los demás países hermanos en la desgracia. Y está demostrado que no hay peor enemigo para el pobre que el vecino que se siente un poco menos pobre y se enorgullece de ello. De esa manera imposibilita la unidad necesaria.

El argumento que más impulsa a la inacción es el convencimiento de nuestra impotencia por causa de la dependencia. Pero la dependencia, en la vida económica, es calle de doble flechado. Ciertamente dependemos de los poderosos, pero paradójicamente eso significa que también ellos dependen de nosotros, de nuestro mercado. Si lográramos controlar como mercado indiscriminado de productos ajenos, impulsar con preferencia nuestro propio abastecimiento, aunque a corto plazo tuviéramos que sofocar nuestras pretensiones y las ofertas tentadoras, nuestra dependencia se podría convertir en fuerza retardadora.

No hay más salida para el Tercer Mundo que retirar la política de la mano mendiga para salir del subdesarrollo y emprender la propia superación a base del esfuerzo propio, del trabajo creador, del sacrificio presente en aras de un futuro fundamentalmente autónomo y mejor.

La magia de la unión

Como todas las realizaciones del hombre, la hermandad humana es una conquista. El éxito definitivo depende de pequeñas conquistas parciales. La unión de los países pobres, en la coyuntura actual, es paso indispensable para la gran hermandad planetaria. La experiencia está demostrando que la unión de elementos dispares a quienes se concede igualdad de derechos, produce de hecho el reconocimiento de la desigualdad fundamental. El bloque unido de los pobres, aunque a corto plazo aparezca como hecho detonante de la oposición de los poderosos, es sin embargo condición indispensable para la gran unión de todas las naciones.

Este proyecto de los pobres está plagado de riesgos. El principal de ellos, a nuestro entender, consiste en la tentación que tienen los pobres de querer imitar tanto el camino de los ya poderosos que sacrifiquen sus virtualidades específicas. No basta un equilibrio económico como base de hermandad. El producto humano y cultural de los países desarrollados es un tipo de hombre empobrecido en calidad humana. La insatisfacción de su juventud es una prueba de ello. Las sociedades económicamente pobres guardan, en compensación, una mayor riqueza humana.

Una unión artificial no produce mágicamente la hermandad profunda que la humanidad anhora. El proyecto de los pobres debe ser original, basado más en su riqueza humana que en la potenciación económica exclusiva. Si se quiere superar la crisis actual con una síntesis nueva, sin duda que los países, hasta ahora considerados pobres, tienen el reto de potenciar sus virtualidades escondidas.